



cia operado por la *victoria occidental y cristiana*. Es por ello que el incisivo repaso realizado por Calveiro de los límites, errores y dificultades de la política revolucionaria, no obtura la concepción de las organizaciones armadas como factores propiciatorios de un movimiento efectivamente radical decidido a la toma del poder.

En síntesis, puede afirmarse que la reedición ampliada del libro de Calveiro permite el ingreso al debate sobre la violencia revolucionaria de uno de los más lucidos balances de la experiencia política de las organizaciones armadas argentinas. Reconstrucción de la violencia política desde una mirada que no renuncia a la perspectiva historiográfica y al análisis de la política revolucionaria desde unos marcos que no conllevan la abjuración de las ideas emancipatorias, el ejercicio de memoria realizado por Calveiro constituye tanto una deconstrucción de las lógicas políticas e intelectuales que primaron en el accionar de las organizaciones revolucionarias como un esfuerzo por advertir las continuidades en el presente de las mismas injusticias y desigualdades contra las que aquellas lucharon. En este sentido, la integración de la interpretación de la violencia estatal en el marco de una preocupación por los efectos de la violencia en la era global perceptible en esta reedición ampliada, no es más que una saludable y previsible prolongación de la matriz analítica desarrollada en la primera edición de **Política y/o violencia**.

**Marcelo Starcenbaum**  
(UNLP-IdIHCS / CONICET)

*A propósito de Estela Schindel, La desaparición a diario. Sociedad, prensa y dictadura (1975-1978), Villa María, Eduvim, 2012, 382 pp.*

En muchas ocasiones quienes vivieron la década de 1970, y quienes retornan a aquellos años para comprenderlos críticamente, se han preguntado: ¿cómo fue posible?, ¿cómo la sociedad argentina propició —pasiva o activamente— la deriva represiva iniciada antes de 1976 y que tendrá su punto de apogeo con el terror de Estado y las millares de desapariciones ocurridas durante la dictadura militar? La obra de Estela Schindel, si bien no se plantea como objetivo principal dar cuenta de este interrogante, ilumina en su análisis de la prensa del periodo 1975-1978 densas claves interpretativas que enriquecen el debate en torno a la aún vigente e inquietante pregunta.

El libro de Schindel —prologado por Pilar Calveiro, cuyas reflexiones sobre el poder desaparecedor reverberan en varios de sus pasajes—, analiza las noticias publicadas principalmente por los diarios **La Nación** y **La Opinión** en la etapa mencionada sobre lo que genéricamente se podría denominar como la “violencia política” y la cuestión de los derechos humanos. A partir de allí se indaga cómo se construyeron las representaciones en torno a la figura del desaparecido. La autora no intenta dilucidar lo que el sentido común sobre la época entiende como la “complicidad” de los medios con la dictadura, en torno al silenciamiento sobre la represión ilegal. Aunque da cuenta de esta actitud de funcionalidad de la prensa, elige lúcidamente estudiar aquello que efectivamente fue dicho, dentro de un margen estrecho pero plagado de sentidos para quien pudiera leerlos.

En el primer capítulo se presentan algunos de los pilares conceptuales en los que se apoyará el trabajo analítico: una reflexión sobre los efectos sociales de la desaparición de personas, su historia en la Argentina, y el rol que tuvo en aquellos años la utilización de la categoría *subversivo* para designar a aquellos ciudadanos pasibles de ser exterminados por el poder estatal. Uno de los conceptos centrales allí explicados es el de *homo sacer* de Giorgio Agamben: aquellos seres que en determinadas circunstancias históricas pasan a ser matables sin que su muerte sea objeto de un delito. Son las víctimas de la exclusión radical, presos de la invisibilización, la indiferencia y la cosificación social. Justamente, lo que irá dilucidando Schindel es qué operaciones discursivas en la prensa pusieron en acto esa categoría.

En el segundo capítulo, que se inicia en el mes clave de julio de 1975 y llega hasta el momento del golpe, se da cuenta del clima de miedo y opresión que trasuntan los diarios. Se trata, como se sostiene, de una “sociedad ‘en ablande’”, sacudida por un paroxismo de violencia pública intolerable. La ausencia de explicaciones en la prensa sobre las noticias vinculadas a la violencia política apuntala la sensación de confusión. Los diarios informan sobre la aparición de cadáveres masacrados en la vía pública sin explicar las causas de la muerte y los lectores son expuestos a un mensaje macabro sin la más mínima guía para su intelección. La violencia se hace rutina y se naturaliza. Los muertos se registran en un distante ejercicio contable. Los hechos violentos no se discriminan, se despolitizan sus causas y se les adjudica rasgos irracionales, lo cual aumenta la confusión. Si bien las crónicas replican la lógica policial, la incorporación de ellas en la sec-

ción “Política” —según puede observarse al relevar los diarios de la época— arroja una tenue señal sobre el fondo del conflicto que sacude al país. Los dirigentes políticos van dejando poder en las Fuerzas Armadas que ocupan cada vez más espacio político y, consecuentemente, en las páginas de los diarios. Hacia fin de año, cuando las Fuerzas Armadas ejercen la represión “legal” en todo el país, aparecen las primeras noticias sobre desapariciones, aunque la manera en que se informa sobre ellas marca todavía la pertenencia social y política de quienes han desaparecido: se trata aún de ciudadanos concretos, sujetos políticos de pleno derecho que han pasado a ser víctimas de un delito. Luego, el “inevitable” golpe de Estado se celebra bajo la patina de la “normalidad”, la “pulcritud” y la “eficiencia” del accionar militar.

Los dos capítulos siguientes abarcan el periodo dictatorial hasta mediados de 1978, el momento más álgido de la represión clandestina. Schindel analiza las inflexiones en torno a la figura del desaparecido, que primero se expresa en la denuncia individual del familiar desesperado, hasta que en 1977 las primeras denuncias colectivas patrocinadas por organismos de derechos humanos, junto a las voces internacionales que reclaman por los desaparecidos —en plural— permiten intuir que detrás de cada desaparecido existe un plan sistemático desde el Estado. En el primer año emerge en las crónicas una figura central para comprender el pliegue que implica el poder desaparecedor: el *subversivo abatido*. En el marco de las informaciones sobre “enfrentamientos” fraguados Schindel halla en la referencia ambigua a los abatidos —¿están vivos o muertos?— la aún inconfesable conexión entre el subversivo y el desaparecido. Como señala, el *subversivo* es aquel que es posible de ser *abatido* y arrojado a ese espacio de indistinción entre la vida y la muerte que lo espera en los Centros Clandestinos de Detención. Por otra parte, las noticias aparecen sin agente; el poder no tiene rostro: nadie detiene, secuestra y allana. Y los responsables, por caso, son los *subversivos*, en actitud siempre peligrosa que justifica su aniquilamiento. Ante hechos violentos de repercusión pública, la lógica de los “dos extremismos” previa al golpe reaparece cuando los diarios demandan que el gobierno no pierda el “monopolio de la fuerza” frente a las “bandas irregulares”. Pese a la escasez informativa, Schindel encuentra un dato revelador: **La Nación** publica en su sección Tribunales la presentación de *habeas corpus*. Su cantidad revela el grado de la masacre, desmiente la

opacidad de otras secciones del diario y muestra la complejidad de la superficie redaccional del tradicional matutino que apoyó en forma militante la “lucha antisubversiva”. Por su parte, mientras el gobierno niega o calla, los familiares en su desesperación deben “inocentizar” al desaparecido para instalar su reclamo públicamente. Hasta tal punto ha calado hondo la estigmatización del *subversivo*. Ya en 1977 el poder militar se ve obligado a ofrecer explicaciones. En un alarde de cinismo señala: ha habido “excesos”, suicidios, los desaparecidos han sido eliminados por sus organizaciones, etc. El Mundial 78 parece clausurar la conflictividad: se trata de una “fiesta” donde la identidad nacional, regenerada luego de la “guerra”, se muestra compacta.

En el último capítulo la autora se permite una reflexión sobre la modelación biopolítica de la dictadura, su impronta productora de sentidos —la positividad del poder, en términos del Foucault recuperado en el texto—, y analiza la forma tradicional en que fueron expresados los roles familiares y de género. También se estudian publicidades que dan cuenta del clima colectivo, de la estructura del sentir de la época y, tal vez, de lo no dicho. Si la tortura es la gran ausente en las noticias, una publicidad de autos convoca: “Torturamos su auto”, u otra vinculada al agro anuncia “PICANA”, en relación a su uso para el arreo de ganado (la lectura de este tipo de avisos recuerda una nota del diario **Clarín** del 7 de marzo de 1978, que anunciaba: “El obelisco desaparecerá el 12 de marzo”). Por último, Schindel propone reflexiones fundamentales para articular pasado, presente y futuro; de allí surgen nuevos interrogantes: ¿todos podemos ser *homo sacer*?, ¿cuáles son las nuevas figuras de la exclusión radical construidas en las noticias?, ¿qué tipo de continuidades existen entre aquella sociedad de los desaparecidos y la de la “inseguridad” en la construcción de la “otredad” peligrosa?, ¿cuáles han sido los efectos de la desvalorización de lo político como terreno legítimo para resolver los problemas comunes?

En definitiva, se trata de un aporte valioso para la comprensión integral y crítica del conflicto político que surcó la historia reciente argentina y dejó como legado la mayor masacre perpetrada desde el Estado en el siglo XX.

**Marcelo Borrelli**  
(CONICET / UBA)

A propósito de Verónica Gago, **Controversia: una lengua del exilio**, Buenos Aires, colección *Ademanes*, Ediciones Biblioteca Nacional, 2012, 128 pp.

Verónica Gago repasa en este libro las principales reflexiones políticas y teóricas de un selecto grupo de intelectuales argentinos exiliados en México. Las mismas fueron producidas y publicadas entre 1977 y 1981 en la revista **Controversia**. La importancia de esta publicación, tal como indica Gago, radica en que sus fundadores hicieron de ella un artefacto de pasaje político y teórico capaz de permitirles superar lo trágico de su experiencia política previa, ligada en muchos casos a organizaciones guerrilleras, para construir a partir de allí un proyecto que implicase un nuevo horizonte de posibilidades democráticas para el sistema político argentino. La relevancia de un estudio sobre **Controversia** se acrecienta si pensamos que el modo en que se construyó ese pasaje no sólo implicó una transformación en los intelectuales que escribieron en ella, sino que además colaboró en la gestación de la forma hegemónica de pensar y vivir la política durante la transición democrática en nuestro país.

Gago reconstruye las apasionadas reflexiones y discusiones que aparecieron en **Controversia** mediante la selección de una serie de significantes claves. En la forma en que estos significantes se encadenan y desplazan podemos visualizar y, tal vez, comprender la forma en que operó el pasaje teórico-político realizado por estos intelectuales durante su exilio. La autora comienza el análisis indicando que toda la experiencia exiliar estuvo atravesada por la derrota como signifiante clave. Al respecto dice: “el punto de partida es claro: **Controversia** es una revista de la derrota. Para declarar, asumir y pensar la derrota. Esa es su autodefinición y la perspectiva para abordar el análisis de la experiencia de los años 60 y 70” (p. 15). “La derrota —declama el primer editorial de **Controversia**— no sólo es la consecuencia de la superioridad del enemigo sino de nuestra incapacidad de valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra forma de entender el país, de nuestra concepción de la política” (p. 16). Como si se tratase de un efecto dominó, pronunciar y asumir la derrota se convertirá en la primera ficha que derrumbarán los intelectuales exiliados ligados a la revista, y de allí en más mucho de lo pensado y actuado por la Nueva Izquierda en los años anteriores será puesto en cuestión. Desde una crítica radical a la estrategia foquista de la lucha armada, pasan-

do por un cuestionamiento a la teoría de la dependencia, en **Controversia** las certezas políticas y teóricas sostenidas en un pasado más que reciente recibirán su primera y sustancial crítica. Este discurso de ruptura le valdrá a los controversistas ser acusados de socialdemócratas, cuando no de intentar blanquearse frente a la dictadura, por una parte de la izquierda argentina que todavía sostenía la opción de la lucha armada (p. 18). Las voces para reflexionar sobre la derrota dentro de la revista no fueron homogéneas, y Gago se encarga de reparar los diferentes planteos y polémicas que desde la izquierda esgrimieron Sergio Bufano, Ernesto López y León Rozitchner, y desde el peronismo Nicolás Casullo, Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli.

De las reflexiones y derivas teórico-políticas activadas por la asunción de la derrota, se destaca la realizada por José Aricó como representante de los gramscianos argentinos, vinculados a la experiencia de la revista y editorial **Pasado y Presente**. Gago le dedica un brevísimo capítulo a la reflexión de Aricó respecto al efecto que para él tuvo llevar adelante una crítica sobre el modo de pensar y actuar político de la Nueva Izquierda, efecto que consistió en un reencuentro vital con los escritos de Antonio Gramsci. Conviene aquí transcribir una extensa cita de Aricó que Gago extrae del libro **La Cola del Diablo** y vierte en su trabajo para comprender lo sustantivo de esta relectura de Gramsci: “El desengaño de los sesenta, la conciencia de haber sido parte de un movimiento cargado de esperanzas y ceguerras, llevó a muchos de nosotros a descubrir en Gramsci algo más que un hombre de cultura y un ciudadano virtuoso. Porque el reconocimiento de la derrota, y la constancia de los ideales, nos obliga a pensar en otras formas de acción que fueron capaces de conjugar política y ética, realismo y firmeza moral, modificaciones presentes y anticipaciones futuras; porque no eludíamos la responsabilidad de medirnos con los hechos; porque dejamos de estar soberbiamente seguros de lo que sosteníamos debimos reencontrar a Gramsci. Fueron años en que con heroico furor los intelectuales latinoamericanos frecuentaron sus escritos, difundieron sus interrogaciones desde la cátedra y los centros de enseñanza, se apropiaron de sus reflexiones para medirlas críticamente con una realidad que se aceptaba, ¡por fin!, mutante y diferenciada” (p. 37).

Gago continúa con su cadena de significantes, y a la derrota como experiencia programática de la revista y como experiencia gramsciana en Aricó, le continúa el exilio como experiencia política. En el primer número de